

Sintonia 

Resbalón mas, Resbalón menos...

De momento, podemos aún tomarnos la cosa a broma, ya que, según referencias, ningún percance serio ha ocurrido. Nos referimos a los patinazos y a las consiguientes y aparatosas caídas que sufren motos y bicicletas por nuestras calles y Paseo, gracias a la arena con la que se recubre el asfalto. Desde luego, es necesario hacerlo, ya que el asfalto se reblandece mucho por la acción del calor. Pero una precaución en un sentido no debería nunca acarrear un peligro en otro.

Aunque no seamos técnicos en la cuestión, quisiéramos sugerir un barrido en los cruces de calles, ya que al tomar las vueltas es cuando estos vehículos resbalan, dando el conductor de brucos contra el suelo.

Resbalón más, resbalón menos, creo que ya pasamos del resbalón diario, según las estadísticas de la pasada semana. Y, francamente, nos parece demasiado.

Gracias a Dios, las heridas que han sufrido los diferentes accidentados no han pasado de simples rasguños, pero ello no deja de ser molesto y de sembrar la natural alarma.

Niños, jóvenes, personas de todas las edades, gustan de circular en bicicleta por nuestras calles. Hay, pues, que contar con ello, y no suponer que todos somos vulgares peafones o propietarios de un magnífico «haiga».

Bicicletas con motor o sin él pagan también su tributo municipal. Y rindiéndolo, gozan del privilegio de libre circulación por nuestras calles. Mas, si no se remedian las cosas, deberán circular con una póliza de seguros bajo el brazo. Seguro contra el obligado resbalón sobre la arena del asfalto.

Quedada

SAN FELIU DE GUIXOLS 18 DE JULIO 1957 - NÚM. 492 - AÑO IX



Dicen que “en todas partes cuecen habas”, y aunque, en aras de un rabioso individualismo, muchas veces quisimos protestar de ello, hoy nos inclinamos a apoyar el refrán.

Los pueblos del norte de Europa, achacaban a los pueblos del sur una crecida dosis de apatía, una singular pereza, debida al clima. Pero, gracias al clima y al sol, quedaban benévolutamente excusados de lo mismo que se les imputaba. Se nos concedió el perdón, pero quedó siempre una punta de ironía. Aún hoy los extranjeros que llegan, que vienen a pasar sus vacaciones entre nosotros, la primera palabra que aprenden es “mañana”. “Mañana”, como un símbolo de demora hasta imposible infinitos, signo de graciosas abulias. Con razón o sin ella, nos colgaron el sanbenito. Con razón o sin ella, los pueblos norteros se consideran libres de esta tara. Pero aquello de ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio, se ha cumplido una vez más.

Asambleas universales, comisiones formadas por los más diversos países del mundo, agotan sus fuerzas en interminables discusiones que hurtan toda solución positiva, respecto a problemas que gritan su urgencia. Las soluciones se demoran en un vergonzoso discurso, entre diabólicas abulias.

El caso de Hungría, la cuestión de las armas atómicas, el problema de los experimentos nucleares, denuncian de una manera contundente una satánica indecisión, una cobarde pereza, no ya en realizar un trabajo, sino en poner simplemente los puntos sobre las íes. La palabra “mañana” ha adquirido aires de tragedia.

La máquina de las comisiones se lanza a un estudio detrás de otro; se suceden las inspecciones sobre el terreno; se redactan informes. Después, se nombran nuevas comisiones para avalar lo que hicieron las an-

teriores. Y así, día tras día, sin que se consiga ganar un paso hacia el objetivo propuesto. Y todo sigue confuso, embrollado. ¿Puede existir un perdón, para este sistemático proceder, para este estudiado hacer y no hacer nada, sin sol que justifique una pereza, sin condiciones climatológicas absolutorias?

Se alegan factores atenuantes de pura manía legalista. Es preciso confirmar cada cosa y cada punto. Antes, no se puede emitir dictámen. Es imposible resolver nada, mientras exista una pequeña duda. Se nombrarán cuantas nuevas comisiones sean necesarias.

En nuestra opinión, habrá comisiones para largo. Mientras, los departamentos húngaros irán muriendo, entre crueles penalidades, en las tierras heladas, cobijo del triste ejército de deportados. No importa; lo primero es cumplir todos y cada uno de los requisitos legales.

En las proximidades de los lugares en los que se realizan los experimentos de explosiones nucleares — y en honor a la verdad, hemos de aceptar que los han elegido relativamente aislados —, es probable que aparezcan en tierra y mar signos de envenenamiento por radioactividad; es probable que se ingieran plantas o peces afectados. Es probable que la contaminación alcance al hombre. No importa. También, en este caso, impera la manía legalista, el cosquilleo de la sal de una multitud de informes.

Bien está dejar las cosas para mañana — aunque particularmente opinemos que siempre es mejor resolverlas hoy —, cuando ello no suponga más que un simple perjuicio personal. Pero, cuando la demora atañe a la colectividad, cuando el retraso en un pronunciamiento hiera intereses de justicia social o suponga un pecado de lesa humanidad, la palabra mañana se convierte en un acta de acusación contra cuantos la pronunciarán. Acta de acusación escrita, no en el basto papel que se usa en los informes, sino en el pensamiento y en el corazón de todos aquellos hombres, para los que buena voluntad y cristianismo, paz y justicia representan la suma de los valores imperecederos, ineludibles. Y para la mente y el corazón no sirven los borra-tintas. Lo que en ellos se escribe QUEDA.